



5° curso actualización  
en **Pediatría**  
www.aepap.org

**Jueves 7 de febrero de 2008**  
**Mesa redonda:**  
**“Pediatría y realidad social”**

**Moderadora:**

Concha Bonet de Luna  
CS Segre. (Área 2 Madrid).

■ **Violencia familiar.**

**También un problema pediátrico**

Raquel Millán Susinos

Trabajadora Social, CS El Greco y Juan de la Cierva. Área 10. Getafe, Madrid.

■ **¿Qué debe saber el pediatra sobre el consumo de drogas?**

Fernando Caudevilla Galligo

Médico de Familia, Grupo de Intervención en Drogas de la Sociedad Española de Medicina Familiar y Comunitaria (SEMFYC). Centro “Renasco”. Comunidad de Madrid.

Textos disponibles en  
[www.aepap.org](http://www.aepap.org)

**¿Cómo citar este artículo?**

Bonet de Luna C. Violencia y consumo de drogas. Introducción. En: AEPap ed. Curso de Actualización Pediatría 2008. Madrid: Exlibris Ediciones; 2008. p. 45-6.

## Violencia y consumo de drogas. Introducción

Concha Bonet de Luna  
CS Segre. Área 2 Madrid.  
[conchabonet@hotmail.com](mailto:conchabonet@hotmail.com)

Me toca en este curso de actualización introducir dos temas poco abordados en la formación pre- y postgrado como pediatras: **Violencia y consumo de drogas**.

Desde el punto de vista psicológico, ambos pueden incluirse en la dificultad del control de impulsos.

Cada vez se tiene más evidencia de que en la conducta humana, los factores hereditarios y ambientales juegan un papel interrelacionado. Aunque se ha discutido mucho sobre el peso que estos factores juegan en la aparición de una conducta dada, está claro que ambos componentes existen. A mucha gente le parece políticamente incorrecto hablar de componentes genéticos de la conducta, porque piensan que con ello se culpabiliza a la víctima. Creo importante diferenciar los hechos, del uso o la interpretación que se hace de ellos. La mayor parte de las veces que discutimos, no lo estamos haciendo sobre “hechos”, sino sobre la significación que damos a esos hechos o los “valores” con los que los teñimos. No saberlo conlleva conversaciones estériles, inútiles y a veces violentas.

Los humanos nacemos con un determinado temperamento. Hay niños fáciles y tranquilos y niños inquietos. Los hay que son prudentes y los hay lanzados, optimistas o pesimistas, intro- o extrovertidos. Esto es evidente.

Lo que ocurre es que la conducta humana es muy compleja, no se estructura según un solo gen, y posiblemente intervengan muchos componentes de aprendizaje en su expresión (el famoso modelo biopsicosocial de Engel). Para mayor dificultad, la conducta no es estática, sino que depende de circunstancias físicas (biológicas), personales (psicológicas) y ambientales, que son muy fluctuantes en el mismo individuo según el tiempo y el espacio. Por ello, las personas no somos un genotipo, sino que la interrelación de herencia y ambiente nos conforma en un fenotipo.

Aunque la genética cumpla un papel, lo pragmático es reconocer que, por ahora, no podemos manipular los genes. Y aunque pudiéramos, habría que reflexionar sobre si todo lo que se **puede** hacer en ciencia, se **debe** hacer.

El hombre es un animal de horizontes, la realidad siempre le supera, y hay tantos factores que intervienen en la conducta, que aun pudiendo manipular los genes habría que saber qué consideramos suficiente agresividad o suficiente dosis de hedonismo o de dependencia a sustancias, según el momento y las circunstancias. Eso es imposible.

Las drogas y la ira no son malas en sí. Pensándolo un poco, no conozco nada que sea bueno o malo en sí, sino que depende del uso que hagamos y del potencial que dejemos de desarrollar o que desarrollemos gracias o a pesar de ello.

Para Aristóteles enfadarse no es malo. Sólo que habría que hacerlo con la persona adecuada, en el momento correcto y con la intensidad justa. Eso no es fácil.

Las drogas forman parte de múltiples ritos sociales de diferentes culturas. Muchas se usan como medicamentos. Pequeñas dosis de ciertos tipos de alcohol en las comidas, se han demostrado beneficiosos. El problema es la madurez que mostremos en su uso. La realidad que vemos es que, en ocasiones, los chicos empiezan a consumirlas a edades claramente inmaduras. Además, todos conocemos casos de dependencias que dificultan o destruyen el desarrollo personal y de su entorno. El saber cómo manejar esto es vital para los padres y para el pediatra.

La agresividad la llevamos todos en nuestro bagaje genético. Forma parte de nuestras herramientas para sobrevivir. Defender a la camada y el territorio o luchar por las hembras o contra los depredadores forma parte del comportamiento de cualquier animal. Sin embargo, pudiendo ser los animales agresivos, no son violentos. El hombre sí. Desgraciadamente, hay conductas violentas que dificultan una vida social digna.

Cada vez se conocen mejor los factores ambientales que pueden facilitar o dificultar ciertas conductas. Por ello, parece inteligente centrarse en lo que podemos cambiar o modular; que por ahora son factores ambientales, sociales y educativos.

Trabajar los entornos contextuales en los que se mueve un niño es fundamental para que tenga un desarrollo psicosocial, que le permita desarrollar su potencial en positivo. Entre este potencial es fundamental su autoestima y el tener capacidades que le permitan cierto control sobre su conducta.

Educar no es adiestrar, educar es crear espacios de reflexión donde cada cual decida lo que a su juicio le parece mejor. A los niños hay que enseñarles que tienen que aprender a tomar sus propias decisiones (según edad y capacidad) y que cuando se equivocan, deben asumir las consecuencias. Pero está claro que, según el desarrollo, habrá que tener más o menos control de riesgos, porque pueden ser muy inmaduros e imprudentes para determinadas experiencias y conductas.

Al final, la autonomía me parece que no es más que la gestión inteligente de nuestras dependencias. Todos las tenemos (lo reconozcamos o no): al trabajo, al ocio, a las compras, a saber, a viajar, al chocolate, a algunos afectos, a comer, a no comer, a la gimnasia, a la televisión, al móvil, o a Internet.

El que la ira o las adicciones nos controlen, en lugar de nosotros a ellas, no nos hace mejores sujetos, porque nos restan libertad y menoscaban nuestra autonomía.

Formarnos, para que los niños que atendamos sean adultos más libres, competentes y sanos, forma parte de nuestra profesión, aunque no nos lo hayan contado en la facultad, y aunque en el MIR nadie nos hablase de ello.

Espero que esta mesa nos dé claves para poder trabajar desde la prevención, la salud, el potencial y la autonomía de nuestros niños con los genes y el ambiente en que les tocó al nacer.